

de la azucena las hojas,  
que aquellos rostros ceñidos  
por las elegantes tocas.

Ambas suspiran en medio  
de una soledad hermosa,  
y algunas trémulas frases  
entre sus lábios asoman.

—¡No puedo mas!

—¡Pobre niña!

Desecha angustia tan honda,  
que si para el mundo has muerto,  
vives, para Dios, con honra.

En mí hallarás un consuelo,  
confía en tu protectora;  
mas antes del triste cáliz  
apura la última gota.

Escribe aquí.

Y de una silla  
tomando un libro afanosa,  
con la otra mano una pluma  
entre sus dedos coloca.

Cogióla su protegida  
con resolucion heróica,  
y en una página al punto  
dejó estendida esta nota:

«Hoy veintitres de Diciembre,  
»dia de Santa Victoria,  
»la hermana sor Margarita  
»trocó esta vida por otra.

»Fué sepultada á las doce

»con todas las ceremonias,  
»que el cielo premie sus cuitas  
»con una paz mas dichosa.»

Firmó la abadesa al márgen,  
y al poco tiempo la aurora  
su blanca luz estendia  
sobre las dos religiosas.

#### IV.

Pasados algunos meses  
en su arrogante palacio  
el rey con el conde-duque  
entabla el siguiente diálogo:

—¿Se hizo mi encargo?

—Señor,

cumplido queda su encargo.  
—¿Y la abadesa?

—Las gracias

envia á su soberano.

—Muy bien.

Y al siguiente dia  
los madrileños hallaron  
un nuevo relój en la torre  
de las monjas de San Plácido.

Relój, que daba las horas  
con triste son funerario,  
y desde entonces su timbre  
á muerto sigue doblando.

A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1871.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



## Las Trinitarias descalzas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(23 DE ABRIL DE 1616.)

### I.

Tras de la Virgen de Atocha  
rogando vá todo el pueblo,  
por las nubes de abundancia  
para sus campos sedientos.

A ver y adorar la imágen  
acude Madrid entero,  
deja en soledad los barrios,  
y el de las Huertas entre ellos.

De las gentes de farándula  
mas que hospedaje hervidero,  
y de muy muchos autores  
aunque muy pocos discretos.

Ya el horizonte y la tierra  
van las nubes confundiendo,  
como una inmensa pupila  
que empieza á cerrar el sueño.

A los murmullos de fiesta

hacen las campanas eco,  
oraciones y oraciones  
de las almas y los templos.

Tañe en el barrio la esquila  
de improvisado convento,  
tan pequeño como pobre,  
tan santo como pequeño,

Donde madres Trinitarias,  
en cada paso un ejemplo,  
llevan, descalzas, mas firmes,  
á su Gólgota su leño.

Paz dichosa es la esperanza  
que va acercándose al premio,  
fénix la virtud renace  
al crisol del sufrimiento.

Si pasan los pecadores,  
pasan dejando en silencio  
allí el óbolo cristiano  
de caridad y respeto.

Y recogen pan divino  
en cambio del pan del suelo,  
y por lágrimas enfermas  
bálsamos que no hán los médicos.

Bulle fuera la alegría,  
de sus umbrales adentro  
pasa el pobre, el desvalido,  
los que lloran, los que han muerto.

Y hoy en demanda del último  
adios, y el último lecho,  
un cadáver traído en hombros  
de cuatro hermanos Terceros,

Pasa también, esperado  
como hermano y como siervo  
según los tristes blandones  
que por él están ardiendo.

Sobre enlutadas bayetas  
posan con cuidado el féretro,  
y un sordo golpe retumba,  
...misterioso llamamiento,

A que responden las madres  
á las rejas acudiendo,  
y hay quien dice que hubo algunas  
que con otra voz le oyeron...

En derredor silenciosos  
de aquel lúgubre trofeo  
por un hábito francisco  
y otro de sombras envuelto,

Ofrece el piadoso Nuñez  
una bendición y un rezo,  
únicos dones del mundo  
que entran con el hombre al cielo.

Y un murmullo prolongado  
sigue á la voz respondiendo  
y poco á poco abandonan  
unos tras otros el templo.

Todos, menos un anciano  
de barba y ropajes luengos,  
dijérase que á velarle  
surgió la estatua de Homero.

Allí al borde de la caja  
sigue anclado á un pensamiento,  
como un sábio que á sus plantas  
contempla un abismo inmenso.

Y en sus ojos cuando miran  
y cuando piensa en su ceño,  
rayos lucen, nubes pasan  
de admiración ó despecho.

— «No ceséis de encomendarle,

»¿quién no habrá menester de ello?  
»nunca sobran oraciones  
»donde no hay mortal perfecto.

»Madres, aunque anciano y pobre  
»fué un bienhechor del convento,  
»debéisle mucho en cariño,  
»en gratitud y en consejo.

»Yo ví su muerte, y de su último  
»suspiro alcancé un secreto.

»Madres... que os deja el anciano  
»mas del alma que del cuerpo.

»Hombre fué, corazón tuvo,  
»y... en fin, para Dios es esto,  
»que pesará en su balanza  
»un ángel y un desacierto.

»Vivió aparte de los malos,  
»murió en brazos de los buenos,  
»fuera hoy grande, si fortuna  
»le hubiera dejado serlo.»—

Esto hablaba con las madres  
Francisco Nuñez, al tiempo  
que el sábio anciano pasara  
ante las verjas oyéndolo.

Y con sonrisa elocuente  
de aprobación y de aprecio  
se inclinó ante él, y sus pasos  
en la calle se perdieron.

## II.

Era Abril, veintitres era  
del año mil y seiscientos  
diez y seis,... cuando el cadáver  
de un pobre,... acaso de un génio,

Dormía en la paz de la nada,  
ante el Dios del universo,  
del polvo que le nutriera  
sobre el regazo materno.

Es sábado, y desde el próximo  
albor del día primero  
hasta la última vislumbre  
del sol cuando caiga yerto,

En aquel rincón oscuro  
infiltrado en su hondo seno,  
¿de las tormentas mundanas  
hallará el tranquilo puerto?

Aun flota sobre el gran golfo:  
aun del mundo turbulento  
resuenan las oleadas,  
aunque resuenan de lejos.

¡Hoja muerta de los bosques!

¿dónde te arrastran los vientos?  
¡grano de arena que viajas  
de un desierto á otro desierto!

...Caminan ya por las bóvedas  
tinieblas á pasos lentos,  
separadas del cadáver  
por cuatro blandones trémulos.

Baña la paz el santuario,  
todo es reposo y misterio...  
oscilan grupos fantásticos  
entre sus ángulos negros.

Marchitas están las flores  
que ofrendas del altar fueron,  
y se oye en ténue suspiro  
las hojas que van cayendo.

Vaya aquel último aroma  
como un moribundo aliento...

¡Quizás allí algunos ojos  
una lágrima escondieron!

¡Quizás murmuró allí un labio  
un tranquilo pensamiento,  
secreto entre Dios y un alma  
con una oracion y un beso!...

Al caer la luz vacilante  
sobre el mortuorio ornamento  
colora hinchadas facciones  
de un frio rostro aguileño.

Alta y despejada frente  
coronan blancos cabellos,  
tal vez latió un infinito  
bajo su cóncavo estrecho.

Con la diestra mano ciñe  
un Cristo sobre su seno,  
imágen de dos amigos  
abrazados en un lecho.

La otra mano... hála perdido:  
si en bien... no lo dice el premio,  
¿quién sabe si está llamando  
en algun ingrato pecho?

A ambos costados del túmulo,  
con santo recogimiento  
hay dos inmóviles sombras  
de mujeres ó de espectros...

¿Son dos ángeles custodios?  
¿son dos estátuas de hielo?  
¿ó es aun la flotante imágen  
de los últimos recuerdos?

¿Qué aguardan esas mujeres  
que con misterioso empeño  
van detrás del desterrado

hasta el fin de su destierro?

Que le abandonan con lágrimas,  
que le acompañan con ruegos,  
¿ó es que pretenden sus labios  
filtrar la vida en sus restos?

¿O es la caridad cristiana?  
¿ó son átomos de un cuerpo?...  
¿la oscuridad de un abismo...  
las palabras de un secreto?...

¿Dos rayos aun de una aurora  
de juventud y embeleso,...  
dos páginas del poema  
de aquel corazon ya muerto?...

...Tarda, vibrante y sonora  
retumba en aquel momento  
la campana de los claústros,  
primera voz del día nuevo.

Y alegre la aurora virgen  
dorando alturas y techos,  
desciende en lluvia de grana  
como un bautismo de fuego.

—¿Sor Mariana?...

—¿Sor Antonia?

—¿Vamos?

—Vamos.

Se dijeron.

y ambas hermanas levantan  
del postrado rendimiento.

Era anciana la primera,  
velaba el manto su aspecto,  
bella aun, aunque marchita  
mas del dolor que del tiempo.

Sor Antonia es dulce y jóven;  
¡ah!... pero en su rostro enfermo  
¿qué nube vaga,... qué espíritu  
de aquellos rostros compuestos?

Le despiden y le besan,  
por ojos y ayes vertiendo  
la elocuencia que no saben  
ó no pueden los acentos.

Cráter del volcan del alma,  
aromas del pensamiento,  
los suspiros son centellas,  
las palabras son de hierro.

Mucho debeis ser despojos,  
que sois en tan dulce extremo,  
todo un altar de constancia  
y otro altar de sentimiento.

Dios... la sombra, el grupo místico  
á sus pies... ¡Cuadro supremo

del abrazo de tres almas  
casi á las puertas del cielo!

—«Miguel, dice Sor Mariana,  
»adios, tú partes, yo quedo,  
»perdon, Señor, era el alma  
»que tú me diste y te vuelvo.

»¡Amor... de placer de un día  
»y eternidad de recuerdos!...  
»lágrimas que Dios vé... y sabe  
»Miguel por quién las ofrezco!

»Isabel, llega, hija mia,  
»llega, otra vez le abracemos,  
»perdóname, ay, fuiste el fruto  
»del corazon y del génio...

»Su espíritu ahora nos ama  
»con los amores eternos...  
»amémosle así nosotras...  
»virtud, cariño y secreto.»—

...Un doble abrazo, y las madres  
una tras de otra en silencio,  
se desvanecen cual sombras  
al volver de un triste sueño.

...¡Sor Antonia y sor Mariana!  
el descalzo monasterio  
por su virtud las conoce  
y ser un alma en dos senos.

Lleva algo mas sor Antonia,  
sor Mariana al poco tiempo  
llegó... parecia un suspiro  
que llega errante á su término.

La jóven y el hoy difunto  
en largos coloquios tiernos,  
de una ella querida, hablaban,  
y de un arrepentimiento.

Sor Mariana es portuguesa,  
de dama su talle esbelto,  
entró cuando el que es cadáver  
tocaba al humano término.

Ambas de Jesús se nombran,  
una es paz, otra respeto,  
tal vez ambas en el siglo  
llevaron nombre diverso.

Juntas oran... juntas velan,  
grande es su rigor ascético,  
pero nombre, origen, padres,...  
nadie... Dios puede saberlos.

### III.

Ya se acabaron las honras,  
ya van á enterrar al muerto,  
Trinitarios oficiaron,  
Trinitarias respondieron.

A cavar la sepultura  
levantan el pavimento,  
y el ataud bendecido  
comienza á hundirse en el hueco.

—«Paz á Miguel de Cervantes,»  
se oye á un Trinitario, haciendo  
la cruz con el santo hisopo  
sobre el último aposento.

—«En el dia de Lepanto  
»asistió á la honra del reino;  
»de su arrojo y su desgracia  
»su mano izquierda fué el sello.

»Esperando en el Dios justo  
»gimió en largo cautiverio;  
»¡hijo... su piedad te valga  
»y el pobre don de mis ruegos!»

La primer pala de tierra  
cae,... resuena un lastimero  
son de la caja,... en el coro  
resuena el golpe de un cuerpo.

Y entre los súcios terrones  
ven caer un laurel modesto,  
que enjugándose los ojos  
echa el anciano extranjero.

J. C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1871.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



## El compromiso de Caspe.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1410 á 1412.)

### I.

Camino de Zaragoza  
va el obispo don García  
y á unos cuantos familiares  
su escolta está reducida.  
Pensativo va el prelado,  
y á solas tal vez suspira  
cuando sus pajes se alegran  
con locas y largas risas,  
y algunas veces que el viento  
mueve las ramas vecinas  
ó en el horizonte asoman  
negras masas esparcidas,  
ligero temblor recata

de los suyos á la vista.

—Presto, dice al mas cercano,  
llegaremos á la cita.

—¿No fuera cuerdo traernos  
para escolta y compañía  
veinte lanzas castellanas?  
Don Fernando las envia  
para guardar á los suyos.

—Temeridad fuera mia.  
Digeran que llevar armas  
es llevar miedo á la vista,  
las de Aragon ofendiendo  
por honrar las de Castilla.

—Bien decís; aunque imagino  
que hermanas mas bien que amigas

han de ser.—Quiéralo el cielo  
que ya es larga la fatiga  
del reino. Lunas y Orreas  
fuertes bandos organizan  
con que á los pueblos desangran  
arrasando sus campiñas.  
Dentro de las ciudades  
se apostrofan, y acuchillan,  
con desprecio de los buenos,  
con mengua de la justicia,  
y el pueblo huelga y no come  
y así se inquieta y se vicia.

—Díganlo los catalanes,  
los que Pallars acadilla  
de Urgel contra el buen obispo.

—O que en Valencia lo digan  
Vilaragut y Centellas,  
clero, nobles y milicia.  
Guardó el prelado silencio.

Hizo alto la comitiva,  
y á don Antonio de Luna,  
que al encuentro les salía,

hicieron cortés saludo  
fingiendo grata sonrisa.

Retirados corto trecho,  
siguiendo el camino arriba  
á platicar comenzaron  
el de Luna y don García,  
éste mostrando prudencia,  
y aquel sobrada perfidia.

—Ya habreis conocido, padre,  
que ocasiona esta entrevista  
el peligro de la patria,  
que el conde de Urgel conquista  
con el afecto de muchos,  
y con las armas invictas  
con que hace morder el polvo  
á los que su enojo escitan.

—No sé qué quereis decirme.  
—Que vos, con artera intriga,  
le robais sus partidarios  
al amparo de la mitra.

—Ved que pecais de blasfemo.

—Dejémonos de homilias,  
y vamos presto al asunto,  
que es tarde y el sol declina.

—Decid.—Dejad el partido  
del regente de Castilla  
y sois cardenal.—La infamia  
jamás en la Iglesia anida.

—Ved que será rey el conde.

—¡Rey el de Urgel! No en mis dias.

—Pues si le estorban acaben,  
replicó Luna con ira,  
y afrentando con la mano  
al prelado en la megilla,  
le arremetió con la espada,  
que presto en sangre teñida  
en la honra de su dueño  
dejó una mancha rojiza.  
Salieron con algazara  
de la montaña vecina  
cien hombres de armas cargando  
sobre el obispo con ira  
y cortándole la diestra  
se retiraron con prisa  
seguros de que á vengarle  
sus partidarios vendrian.

## II.

Se alza en la villa de Caspe,  
muy cercano á la ribera  
del Ebro, un viejo castillo  
de bien guardadas almenas  
por catalanes soldados,  
por tropas aragonesas  
y por bravos adalides  
escogidos en Valencia.  
Dentro de sus pardos muros,  
en una estancia dispuesta  
como para régio estrado,  
nueve hombres de faz severa  
bajo un dosel majestuoso  
oyen la ruda contienda  
de los que un trono litigan  
y sus derechos alegan.  
Estraño pleito que al mundo  
de asombro y envidia llena,  
que aun cree que la corona  
es un trofeo de guerra,  
que á lanzadas, no á razones  
se debe tomar por fuerza.  
Y no son reyes los jueces;  
su encanecida cabeza  
en los unos ciñe mitra,  
en otros capucha asienta,  
y en cuatro sencilla insignia  
gala única de la ciencia.

Entre los compromisarios  
Vicente Ferrer se sienta  
y ya une al nombre de apóstol  
fama de virtud tan cierta  
que todo el reino acredita  
milagros que hizo en Valencia.  
En doble fila de sillas,  
como en un coro dispuestas,  
están los procuradores,  
los letrados que sustentan  
de los que aspiran al trono  
las pretensiones opuestas,  
y entre todos Juan Rodriguez  
de Salamanca descuella.  
Ninguno le gana en brio,  
ni en las razones severas  
ni en el decir elegante,  
ni en refutar con firmeza.  
Del buen don Alfonso, el conde  
que de Rivagorza y Denia  
tuvo los ricos estados  
el poco derecho prueba.  
Dice que es el de Calabria  
niño de edad harto tierna,  
y que vendrá la corona  
grande á una frente pequeña.  
De don Fadrique murmura,  
que aunque legítimo suena  
porque Benedicto trece  
usó con él de indulgencia,  
es lo cierto que su madre  
no le tuvo como buena.  
Del conde de Urgel hablaba  
manifestando estrañeza  
de que no mandara á Caspe  
quien sus derechos digera,  
cuando sus procuradores  
asomaron por la puerta  
diciendo con grave enojo:  
—Tiene aquí quien le defiende  
de quien por su causa dude  
ó á denostarle se atreva.  
Juan Rodriguez con sosiego  
replica de esta manera:  
—Huélgome de que don Jaime  
aquí á defenderse venga,  
puesto que ante él diré cosas  
que detrás no las digera.  
Hasta ahora de don Fernando  
me ocupaba en la defensa

que por la sangre, y el Fuero,  
el valor y la nobleza,  
no tiene que subir mucho  
por alto que el trono sea.  
Mas ya que de Urgel el conde  
ante sus jueces se muestra,  
yo en nombre de la justicia  
contra él entablo querrela.  
¿No es este conde aquel conde  
que osó llevar su demencia  
hasta asegurar que al Papa  
rasurará la cabeza?  
¿No es éste el lugarteniente  
que se acercó en son de guerra  
al catalán parlamento  
negándole la obediencia  
cuando le mandó prudente  
que sus huestes deshiciera?  
¿En Calatayud, no ha dado  
de igual osadía muestras,  
cuando precisó al Justicia  
á mandar cerrar las puertas  
á don Antonio de Luna,  
que armado llegó hasta ellas?  
¿No hizo en Alcañiz lo mismo,  
alborotando la tierra  
con hordas de foragidos  
que reclutó en Inglaterra?  
Este conde es aquel conde  
que tuvo correspondencia  
con el rey moro Yusuf  
el que á Granada gobierna,  
tratos que decir no puede  
quien tenga honrada conciencia  
de que si al labio no asoman  
es porque los labios quemán.  
Y, para acabar mas presto,  
del trono una mano yerta  
le separa para siempre  
con fria y muda insistencia;  
la mano del arzobispo  
de Zaragoza, que vela  
por Aragon, y, aun cortada,  
al conde opondrá su diestra.  
Ya sabeis que los culpables  
no son hijos de la Iglesia.  
Ya sabeis que por el cielo  
maldita está su cabeza.  
Yo reto á Aragon, que ponga  
su corona real en ella.



Alzóse inmenso murmullo,  
escapáronse centellas  
de muchos airados ojos,  
y grave tumulto hubiera  
á no salir los del conde  
con mucho recato y priesa.

### III.

Junto al castillo de Caspe  
y á la iglesia muy cercano,  
cubierto de seda y oro  
se alza vistoso cadalso,  
y ante la puerta del templo  
se vé un altar adornado  
con el mas severo gusto,  
aunque de alhajas no escaso.  
La muchedumbre agrupada  
produce rumor extraño.  
Lanzan sus ecos sentidos  
las campanas al espacio  
y el sol alumbrá la fiesta  
con sus esplendentes rayos.  
Llegan los procuradores;  
entre ellos viene el bizarro  
Juan Rodriguez, y le aclama  
con vigoroso entusiasmo  
el pueblo, que ama al valiente  
aun con preferencia al sábio.  
Detrás los jueces se acercan  
y apenas pueden dar paso;

porqué al cundir la noticia  
de que se aproxima el santo  
todos quieren estar cerca  
para besarle la mano  
y encomendar á sus ruegos  
el logro de algun milagro.  
Al fin se canta la misa,  
y cuando es todo acabado  
Vicente Ferrer proclama  
rey de Aragon á Fernando,  
el que ganó en Antequera  
su sobrenombre preclaro;  
el que acreditó en Castilla  
lealtad al soberano,  
siendo el sosten de su trono  
y de su infancia el amparo,  
cuando tomar la corona  
pudo con poco trabajo.  
El pendon de Aragon se alza  
ante el altar y el espacio  
pueblan las aclamaciones,  
los himnos y alegres cantos.

---

Pueblo español, si algun dia  
de un rey te falta el amparo,  
no serán tus cuitas muchas  
como estimar sepas cauto  
sobre la fuerza el derecho,  
sobre el valiente al honrado.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1871.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



## La batalla del Guadalete.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(31 DE JULIO DEL AÑO 711.)

Los que por Dios inspirados,  
de los bosques de Germania  
á regenerar vinieron  
la gran sociedad humana;  
los que sóbrios en la paz  
y fuertes en la batalla,  
dentro de un cuerpo salvaje  
guardaron vírgen el alma;  
los que al progreso del mundo  
llevaron la idea santa

de libertad, de justicia,  
de religion y de patria;  
los que abatiendo el imperio  
de la soberbia romana,  
sobre las ruinas de Roma  
pisotearon sus águilas:  
enervados por el vicio,  
ya solo el licor lograba  
traer recuerdo á sus mentes  
del valor y la pujanza.

En la repugnante orgia  
fuerzas dejan y honra manchan;  
vierten licor y no sangre;  
hay festines, no batallas.  
Apenas el brazo débil  
sostiene la dura lanza,  
y truecan el hierro en seda  
y en vil adorno las armas.  
Ya las mujeres se rinden,  
y se pregonan las gracias,  
y existen pocas virtudes  
y abundan los que las pagan.  
La libertad está sierva,  
la independencia se amarra  
al yugo de los placeres,  
y ya no es crimen la infamia.  
Y aquellos alientos vírgenes  
de los bosques de Germania  
que á purificar vinieron  
la gran sociedad humana,  
fétidas nubes de muerte  
á los tres siglos pesaban  
en la atmósfera del mundo  
amenazando inundarla;  
mas pronto serán deshechas,  
que allá en las morunas playas  
está bramando el castigo  
por caer sobre las faltas.  
Por la salud de su obra  
Dios vela y remedios manda...  
Si hay germanos para Roma  
hay árabes para España.

## I.

Mientras el Conde su padre  
gobierna la Mauritania,  
vive Florinda en la corte  
de Don Rodrigo el monarca.  
Mucho la elogian los nobles,  
el vulgo la dice Cava;  
y pocos respetos tiene  
quien usa tales palabras.  
Murmuran que el rey la quiere,  
murmuran que ya es su dama,  
y hay quien blasona orgulloso  
de la pasión del monarca.  
Crece el rumor tanto y tanto  
que de ciertas cosas hablan  
aunque solo las vió un río  
y no hace favor contarlas.

Mas no es extraño que el Tajo,  
indignado al retratarlas,  
publicára con vergüenza  
el secreto de sus aguas.  
Palabras que honor mancillan  
son las que vuelan mas rápidas,  
y el Conde Don Julian sabe  
que en lenguas está su fama:  
es hombre, y rey quien le ofende  
y medita en ruin venganza  
la vida quitar al hombre  
y la corona al monarca.  
Traidora ambicion le mueve,  
aunque invoca grave causa,  
dejando franco el estrecho  
á las hordas africanas.  
Tras apariencias de honra  
quiere ocultar sus infamias,  
¿pero cuándo la han tenido  
los traidores ni las Cavas?

## II.

Triunfantes en su carrera,  
después de franco el estrecho,  
van los moros ocupando  
todo el castellano suelo.  
Los godos vencidos quieren  
hacer el último esfuerzo  
y cerca del Guadalete  
han reunido sus ejércitos.  
La hora del combate llega;  
y Tarif con ronco acento  
así anima á los moriscos  
de valor y fuerza llenos.  
«Ya hemos vencido, africanos,  
»¿ahora sabeis lo que resta?  
»coger el botín que es nuestro  
»al miedo y á la impotencia.  
»A nuestros ojos se estienden  
»poderes, glorias, riquezas...  
»detrás el mar y la muerte,  
»¡sus! los hijos del Profeta.  
»Asia y Africa domamos  
»que son legiones de hienas,  
»temblando Europa el imperio  
»de sus naciones nos deja.  
»Ricos y hermosos palacios  
»han de ser nuestra vivienda,  
»en vez del hogar salvaje  
»que partimos con las fieras;

»del rojo color moruno  
 »vistamos toda la tierra  
 »y brille la media luna  
 »sobre todas las cabezas.  
 »Hoy no hace falta pujanza,  
 »hoy basta nuestra presencia,  
 »que con las manos desnudas  
 »al miedo vence la fuerza.  
 »Una raza corrompida  
 »hemos trocado en pavesas,  
 »que solo el fuego consume  
 »tanto caudal de vileza,  
 »y un puñado de cenizas  
 »se disipan, sin mas fuerza  
 »que el aire que levantamos  
 »al trotar de nuestras yeguas.  
 »Alá nos guie; Mahoma  
 »nos mira desde su diestra,  
 »quien fuere en la lid cobarde  
 »ó traidor ¡maldito sea!

En tanto que así platica  
 el atrevido agareno,  
 impaciente frente al moro  
 se agita el cristiano ejército;  
 del rey la llegada esperan  
 que al fin con lujoso séquito  
 de opulencia fastuosa  
 viene á dar último ejemplo.  
 De oro y marfil es el carro  
 que le conduce y en medio  
 aureo trono donde apoya  
 su débil gastado cuerpo.  
 No dejan ver los adornos  
 que va cubierto de acero,  
 y ricas piedras esmaltan  
 sus atalajes guerreros.

.....  
 A una señal todos marchan  
 ansiosos de pronto término  
 y las extendidas hondas  
 silban con ruido siniestro:  
 piedras, saetas y dardos  
 cruzan en alas del viento  
 la distancia que separa  
 la vida de los dos pueblos.  
 La sangre brota, la ira  
 invade todos los pechos,  
 y el ódio anima los brazos  
 con nervioso movimiento.

La muerte cruza los aires  
 sus víctimas eligiendo,  
 y las distancias se acortan  
 entre pavoroso estruendo;  
 al fin se encuentran las lanzas  
 con los acerados petos  
 y apagan rios de sangre  
 el resplandor de los yelmos.  
 Gritos, ayes de agonía,  
 amenazas, juramentos,  
 en confuso vocerío  
 pueblan los cansados ecos:  
 el polvo ciega la vista,  
 el hierro buscando cuerpos,  
 los caballos se revuelven  
 saltando sobre los muertos.  
 Todos luchan cual leones;  
 que no hay sitio para el miedo  
 donde el orgullo batalla  
 para quedar en su puesto:  
 uno cae: otro vacila  
 sobre el palpitante cuerpo  
 flaqueando al fuerte choque  
 de su lanza con el hierro.  
 Júntanse los enemigos  
 tan de cerca arremetiendo,  
 que se cruzan los alfanjes  
 con las hojas de Toledo.  
 Hondas se arrojan; y todos  
 confundidos, cuerpo á cuerpo,  
 disputan desesperados  
 existencia y triunfo á un tiempo.  
 Fuerte empuje los cristianos  
 ensayan; los agarenos  
 retroceden; la victoria  
 se inclina al cristiano esfuerzo.  
 Y cuando ya parecia  
 llegado el ansioso término,  
 la traicion llegó al combate  
 mandada por el infierno.  
 Don Julian y el buen obispo  
 Don Opas, con su cortejo  
 nata y flor de los villanos  
 mas de nobleza herederos,  
 contra su Dios y los suyos  
 se vuelven y el fuerte peso  
 la ya vencida balanza  
 vuelve á poner en el centro.

.....  
 Cunde el asombro; los moros

lo aprovechan, y al despecho  
y la vergüenza sucumben  
muchos que respeta el hierro.  
El desórden y la ira  
son bien malos consejeros,  
si la traicion y la fuerza  
atacan al mismo tiempo.  
En vano los capitanes  
á los cristianos dispersos  
quieren juntar á sus voces  
aunando el último esfuerzo.  
En vano los mas leales  
de sangre y sudor cubiertos  
se lanzan impetuosos  
del peligro en lo mas recio.  
En vano el rey Don Rodrigo  
presa de insensato vértigo  
monta en su caballo Orelia  
y anima con el ejemplo.  
Todo es inútil; los moros  
con irresistible empeño  
hieren, destrozan y matan  
por tres costados diversos  
y en impotente delirio,  
sin poder matar, muriendo  
la raza goda y su trono  
hallan espantoso término.

La germana monarquía  
cual trono podrido y hueco  
hundióse al primer embate  
del huracan del desierto.

En tanto el corcel real  
llevaba en alas del viento  
al monarca desgraciado  
con la muerte por consuelo.  
Atrás la crin levantada,  
la pupila echando fuego,

*(Es propiedad.)*



salpicado en sangre el vientre  
y lleno de espuma el pecho;  
el freno roto y con ansia  
la sedienta boca abriendo  
en el ancho Guadalete  
quiso apagar sus deseos.  
Despareció entre las aguas  
que en extraño movimiento  
al ginete separaron  
con remolinos diversos  
y en ondas de sangre goda  
hundióse el mísero cuerpo  
de aquel monarca que solo  
para morir supo serlo.

.....  
Así acabó la jornada  
que en los renglones mas negros  
de las páginas del crimen  
un nombre dejaba impreso,  
mientras unos cuantos hombres  
caminaban á lo lejos  
una cruz y una bandera  
á guarecer en un cerro.  
La fé y Pelayo los guian  
llevando en su noble pecho  
la independenciam, la honra  
y la religion de un pueblo.

.....  
Patria: ven á la ribera  
á mirarte en el espejo  
del Guadalete: no olvides  
que tienes el rostro enfermo.  
Que Dios vé que tu alma débil  
va corrompiendo tu cuerpo,  
¡y vé que no te han bastado  
ocho siglos de escarmiento!

J. C. y S.



## La Peña de los enamorados.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

### I.

En la soberbia Granada  
vivió un cautivo cristiano,  
por su apostura arrogante,  
y caballero en su trato.

Sus nobles prendas de un pecho  
suspiros mil arrancaron,  
apenas brilló la aurora  
de sus juveniles años.

No al olmo la hiedra amante  
se enlaza con mas cuidado,  
que aquellos dos corazones  
por el amor se enlazaron.

Cuando él lloraba sus penas,  
ella enjugaba su llanto,  
y nunca el padre advertia  
de sus amores los lazos.

Y así corriendo las horas,  
y así los dias girando,  
le destinaron los cielos  
à ser dos veces esclavo.

Si quiere ser libre, lucha  
con sentimientos contrarios,  
que una libertad adora,  
y es una cárcel su encanto.

Por eso el sol le halla triste,  
la luna le halla llorando,  
y entre su amor y su patria  
no sabe escoger su mano.

Mas, ya resuelto, una noche  
cabe una palma sentados  
en el jardín delicioso,  
que circundaba al palacio,

Con amorosa sonrisa,  
y con acento inflamado,

llevó el cautivo estas freses  
del corazón á los labios.

—«¡Sultana del alma mía!  
¡De mis ensueños regalo!  
¡Blanca azucena, que creces  
entre jarales bastardos!

»No lejos de aquí hay un suelo  
que fecundiza el cristiano,  
donde el amor es mas dulce,  
donde el amor es mas santo.

»Allí una cruz nos ofrece  
para abrazarnos sus brazos,  
y á eterna dicha nos brinda  
si eterna fé nos juramos.

»Allí el ambiente es mas puro,  
mas puros del sol los rayos,  
mas cándidas las palomas,  
los arroyuelos mas claros.

»Ven, niña de ojos azules,  
la de los rizos castaños,  
dejemos estas comarcas  
que solo producen llanto.

»Y si me guardas amores,  
lo mismo que yo te guardo,  
y ansiosa quieres la dicha,  
que el corazón busca en vano.

»En ese suelo querido  
con tus cabellos jugando  
mas dulces serán tus ojos,  
mas tiernos serán tus brazos.»

No dijo mas; sus miradas  
feliz respuesta buscaron,  
y el rostro de la doncella  
quedó en la tierra clavado.

Y no es que siente despecho,  
ni que presagia un engaño,  
es que, aturdida su mente,  
bastante dice callando.

Es que, si anhela esos goces,  
en medio de sus halagos,  
oye de un padre las quejas  
entre suspiros amargos.

Y, como horrible sonido  
del ronco trueno lejano,  
en pago de sus desdenes  
una maldición acaso.

—«¡Mi padre!...» al fin angustiada  
pudo exclamar; y acabando  
con tan sublimes momentos  
de indecisión y de espanto.

—«Desecha vanos temores,  
dijo el cautivo, que en cambio  
te ofrezco un padre que llora  
la ausencia de un hijo amado.

»Y con su amor los consuelos,  
que vierte el dulce regazo,  
de una cariñosa madre  
que en tu orfandad te negaron.

»Sí, tierna hurí, tus dolores  
procura calmar, y entrambos  
de la fortuna en las alas  
salvemos montes y llanos.

»Nos da la noche el silencio,  
la luna sus puros rayos,  
el corazón los impulsos,  
su ligereza un caballo.»

—«¡Aláh, nos guie! contesta;  
¡Aláh bendiga tus pasos!»  
Y dando un tierno suspiro  
último adios al palacio,

Dejó su cuerpo, y cayendo  
de su cautivo en los brazos,  
ya no vió mas que unos ojos  
que con los suyos se hallaron.

.....  
Perdió la luna su brillo  
por blanca nube velado,  
y al estenderse de nuevo  
por los inmensos espacios,

En una ojival ventana,  
como escultura de mármol,  
se vió de un anciano el busto  
todo cubierto de blanco.

Y al mismo tiempo la brisa  
á sus oídos llegando,  
marcó los huecos compases  
del galopar de un caballo.

## II.

Duerme Granada en un lecho  
de verde musgo sembrado,  
sus calles están desiertas,  
sus vergeles solitarios.

La brisa con soplo suave,  
por entre flores vagando,  
pausadamente las mece  
sobre sus lánguidos tallos.

Y ya la luna en el cielo  
con su cabello argentado,  
cual vigilante nocturno,

asoma su rostro pálido.

¡Todo duerme! La sultana  
de la molicie al amparo  
sueña en amores, y sueña  
con la sonrisa en los labios.

Y el mahometano, sin duda,  
en delicioso letargo,  
con otra sonrisa muestra  
de su soñar el encanto.

Y solo entre tanta dicha,  
entre placeres tan variados,  
rico en ensueños sombríos,<sup>4</sup>  
pero de venturas falto,

Un pobre anciano contempla,  
con rostro desencajado,  
el mundo real de la vida  
en otro mundo mas vago.

Aquí, amistades traidoras,  
amores, allí ultrajados,  
risas y llantos vertidos  
por el dolor y el escarnio.

Y allá en el tétrico fondo,  
de sus caricias gozando,  
está una cándida mora  
con su galan temerario.

Y lejos, mucho mas lejos,  
un alazán aguardando,  
y en una montaña un grupo  
confusamente trazado.

Todo el anciano lo mira;  
quiere descifrar el cuadro,  
y al conocer sus figuras  
por el contorno y sus rasgos,

Como impelido con fuerza  
por un sentimiento extraño,  
sacude su altiva frente,  
procura entreabrir sus párpados.

Los abre al fin, con sus ojos  
recorre todo el espacio,  
duda si sueña ó si mira  
la realidad de un engaño.

Y aun le parece despierto,  
que entre delirios insanos,  
al alejarse las sombras  
se va aquel grupo alejando.

—«¡Cuánto soñar! ¡Qué de ideas  
agitan hoy mi descanso!  
¡Quizás la brisa despeje  
mi cerebro acalorado!»

Dijo, y saltando del lecho

toma su ropaje blanco,  
corre á la ventana, apoya  
sobre ella el cuerpo cansado,

Y al mismo tiempo la brisa  
á sus oídos llegando,  
marcó los huecos compases  
del galopar de un caballo.

—«¿Quién huye á estas horas? dice.  
¡Quizás algun desalmado!  
Dichoso de él si en su huida  
concluyen sus sobresaltos.»

Y recordando sus sueños,  
sombras, visiones, arcanos  
volvieron á apoderarse  
del pensamiento angustiado.

Llama á su gente, retumba  
su voz por todo el palacio,  
y todos van á su encuentro  
menos su hija y su esclavo.

### III.

Desde Antequera á Archidona,  
un pueblecillo cercano,  
en dos mitades iguales  
aquel camino cortando,

Se alza una gigante peña  
en el centro de sus campos,  
como una reina en su trono  
y en medio de sus estados.

Al pié un caballo, rendido  
por la fatiga y cansancio,  
se envuelve en su propia sangre  
como si fuera en un lago.

Y allá en la cumbre descansan  
dos pechós enamorados,  
y se oyen dos juramentos  
en este elocuente diálogo.

—«¡Dulce imán de mis amores!  
¡Blanca hurí de mis encantos!  
Libre al fin de unas cadenas  
otras nuevas te demando.

»Cerca ya de esas llanuras,  
que sin tregua codiciamos,  
jura amor al tierno amante,  
que yo juro ser tu esclavo.»

—«Yo en tus horas mas amargas  
consagréme á tu cuidado,  
yo endulza tu tristeza  
mis caricias prodigando.

»Con tu fé pura y ardiente



me enseñaste un libro santo,  
y aprendí las bellas frases  
que sus páginas marcaron.

»Y una tarde en que rezabas  
por tu padre idolatrado,  
y besabas una imagen  
de la Virgen del Amparo,

»Yo, cayendo dulcemente  
de rodillas á tu lado,  
la ofrecí mis oraciones  
con la fé de mi cristiano.»

—«¡Ángel mío!»

—«Y hoy me pides

que te jure amor sagrado...  
¡Juro amarte mientras viva  
á la Virgen del Amparo!»

Calló un instante; sus ecos  
las auras acariciaron  
con mas dulzura que el trino  
del ruiseñor solitario.

Y enmudecido su amante,  
por la emoción dominado,  
no escucha de cien ginetes  
el ruido de sus caballos,

Ni ve, que al frente de todos,  
va un altivo mahometano  
á quien agravio infirieron,  
y viene á vengar su agravio.

—«¡Allí los teneis! esclama  
sobre la cumbre al mirarlos.  
¡Yo los soñé en una peña,  
y en esa peña los hallo!

¡Sús, á ellos!...»

Y á sus voces,  
saliendo de su letargo,  
sin darse cuenta á sí mismos,  
se miran horrorizados.

—«¡Mi padre! dice la mora.  
¡Huyamos, al punto, huyamos!»  
y al triste suelo cayendo,  
durmióse en hondo desmayo.

—«¡Sí, que vengan! el cautivo  
les grita desde lo alto.

¡Aquí os espero impaciente!  
¡Aquí vuestra fuerza aguardo!»

»Y antes que sentir de nuevo  
de la esclavitud los lazos,  
sabré morir en la lucha  
como valiente y honrado.»

—«¡Sús, á ellos!» por do quiera  
repite el eco en el llano,  
y cruzan flechas el viento,  
y piedras sirven de dardos.

Y en confusa gritería  
por la ancha falda trepando  
¡victoria! junto á la cumbre  
proclaman algunos cuantos.

—«¡Sí, de repente les dice,  
en vuestro triunfo gozaos!»  
y acariciando una idea  
con la doncella en los brazos,

Asómase al precipicio,  
se arroja desesperado,  
y lanzan su último aliento  
junto á los pies del caballo.

Lector; si acaso conoces  
ó vez alguna viajando  
ves esa peña, que el vulgo  
la nombra de enamorados,

Que te recuerde la historia,  
que entre sus riscos grabaron,  
con rojas letras de sangre  
dos corazones esclavos.

A. B. y C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1871.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



# Don Alfonso octavo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

AÑO DE 1212.

## I.

El rey don Alfonso octavo,  
mas grande que en cetro en alma,  
y á quien dieron sus virtudes  
escudo, poder y fama,

Oyó en Toledo del moro  
la insolente carcajada:  
respuesta el honor le pide,  
y en el campo quiere darla.  
¡Ay, cuánto por abatirle,

cuánto hiciera el buen monarca,  
y á cuánto se atreve solo  
con su Dios y su confianza!

Como alientos de su cólera,  
nobles y obispos despacha  
que corran todos los reinos  
apellidando á las armas.

La cruz les da por bandera,  
y cuanto tiene por paga,  
que á él le sobra con la muerte  
ó el botin de la campaña.

—«¡Sí!»—respondieron los cetros  
de Aragon y de Navarra,

y engruesan con sus falanges  
las falanges castellanas.

De Portugal llegan gentes,  
oro y bendición del Papa,  
y del extranjero llegan  
los de mas fé y mas hazañas.

Hierve Toledo en festejos,  
apenas tienen las casas,  
apenas tienen las calles,  
á tal mauchedumbre entrada.

¡Cuántos trajes, cuántos usos,  
cuántos rostros, cuántas hablas,  
cuántas banderas, y cuántos  
que no verán mas su patria!

No importa, ¿el hombre es eterno?

¿Basta una estéril plegaria?

Quien no da por Dios su vida,  
¿para qué otra honra la guarda?

Se abre por fin hácia Oriente  
una florida mañana,  
en que el sol y los valientes  
comienzan juntos su marcha.

Su arco de cristal los cielos  
de ondas de luz engalanan,  
de pabellones de nubes,  
lluvias de oro y esmeraldas

Sostienen la triunfal bóveda  
pedestales de montañas,  
la sonrisa del Eterno  
los universos dilata.

Al romper la guerra en himnos  
por la espaciosa comarca,  
como un gran bosque de fuego  
se mueven cien mil espadas.

Delante don Diego de Haro  
vá de vivas entusiastas;  
los caballos extranjeros  
siguen tendidos en ala.

Del rey don Pedro los siguen  
las aragonesas barras,  
en medio va de sus nobles,  
tras de sus nobles sus lanzas.

Castilla luego cerrando  
las tropas de retaguardia,  
con don Sancho Cañamero  
dos veces grande en la fama.

Primero en nobleza á todos,  
segundo á nadie en pujanza,  
y temido y respetado  
por quien es y por quien guarda.

Madrid le dió su estandarte,  
fuerte oso en campo de plata,  
que aseguran los guerreros  
que en todos los triunfos se halla.

Huestes son de don Alfonso,  
cércale cruces y tiaras,  
que parece que Dios mismo  
vá allí á mandar la batalla.

Como la voz de un profeta  
doblando están las campanas,  
y los cánticos del templo  
por los espacios derraman.

¡Qué de ancianos, qué de madres,  
qué de esposas, qué de amadas,  
los van siguiendo á lo lejos  
con ojos llenos de lágrimas!

Ya cubre el polvo el camino,  
y aun como palomas blancas,  
véanse algunos pañizuelos  
que el último ¡adios! les mandan.

## II.

En número fabuloso,  
con nuevas hordas del Africa,  
oyó el moro el desafío  
y lo acepta y se adelanta.

Toma del puerto de Losa  
las formidables gargantas,  
donde uno vale por ciento,  
entre rocas y avalanchas.

Y desde allí nos contemplan  
como á su víctima el águila,  
y á la jornada de Alarcos  
juran segunda jornada.

Bajó el espanto á nosotros;  
que es locura temeraria  
dijo la lucha salvaje  
del poder con la desgracia.

Á los extranjeros dice:  
—«Volveos.»—Vuélvense; vayan,  
que en buen hora hay españoles  
para morir por España.

Tristes se miran los reyes  
mirando las cumbres altas,  
don Alfonso á Dios implora,  
Dios es la última esperanza.

Volver es morir de mengua,

luchar es morir de audacia,  
entre honor y desaliento,  
imán que dos nortes llaman.

— Señor, ¿no está Dios mas alto?  
oyó el rey á sus espaldas;  
vuelve los ojos, y mira  
que un humilde pastor le habla.

— El Dios que sube á los cielos  
esos grandes mares de agua,  
te subirá como el polvo  
que tu caballo levanta.

— ¿Quién eres?

— Señor, un pobre,  
pero sé de estas montañas  
un misterioso sendero  
abierto por tus plegarias.

En nombre de Dios seguidme  
si fé y corazon no os faltan;  
¿no veis que desde su trono  
todá la tierra está plana?

Alfonso escucha el solemne  
eco de aquellas palabras,  
que parece que del fondo  
de algun sepulcro las saca.

Alza la vista á los cielos  
buscando luz, y jurara  
que unas nubes las escriben  
con unas letras de gasas.

— «Guía, pastor, con el nombre  
»que has invocado me basta;  
»siento la fé de los héroes;  
»triumfante ó muerto mañana.»

Toda la noche caminan,  
bajo sus pies nace el alba,  
y véñse al fin los ejércitos  
cumbre á cumbre, cara á cara.

¿Dónde está el pastor? ninguno  
le ha visto, ninguno le halla,  
y un trueno sordo responde  
cada vez que el rey le llama.

Ya entre tanto en la llanura  
formábanse las escuadras,  
al corazon las banderas,  
caballos y hondas las alas.

Y ya se ahogan las voces  
entre el fragor de las armas  
y galopes de caballos  
y choques de horribles cargas.

Retumban como dos mares  
que dos tormentas arrastran,

rompiéndose en el estrecho  
sus gigantes cataratas.

Entre un caos de movimiento  
y ruido y vértigo y saña,  
todo el dia fué combate,  
toda la noche matanza.

Muertos cien mil agarenos  
¡triste ley de represalias!  
la historia grabó aquel dia  
con luto y oro en sus páginas.

¡Llor al triunfo de Castilla,  
de Aragon y de Navarra!  
¡con qué asombro y qué respeto  
se habló en Europa de España!

Y en las Navas de Tolosa  
nació entre sangre una palma:  
presto llamarán sus brazos  
á las puertas de Granada.

### III.

Pasaron años de bienes;  
y en su reino y en su alcázar  
cercado de bendiciones,  
para tal vida tal paga,

Oyó el rey hablar de un Santo  
que envuelto en pobre mortaja  
durmió entre el fango de muerte  
como en un lecho de acacias.

Dicen que milagros hizo,  
dicen que Isidro se llama,  
que tuvo á Madrid por cuna  
y por esposa una santa.

Dicen que fué su agonía  
como una luz que se apaga,  
y que un ángel con un beso  
bajó á recogerle el alma.

El rey sale á verle, y toda  
su córte viste de gala,  
que honrar las obras del cielo  
es ser digno de su gracia.

Entre obispos y señores  
y un pueblo inmenso que aguarda,  
el rey con grave respeto  
ordena que abran la ca'a.

Rechinan goznes mohosos,  
las viejas maderas saltan,  
y como heridos de un rayo